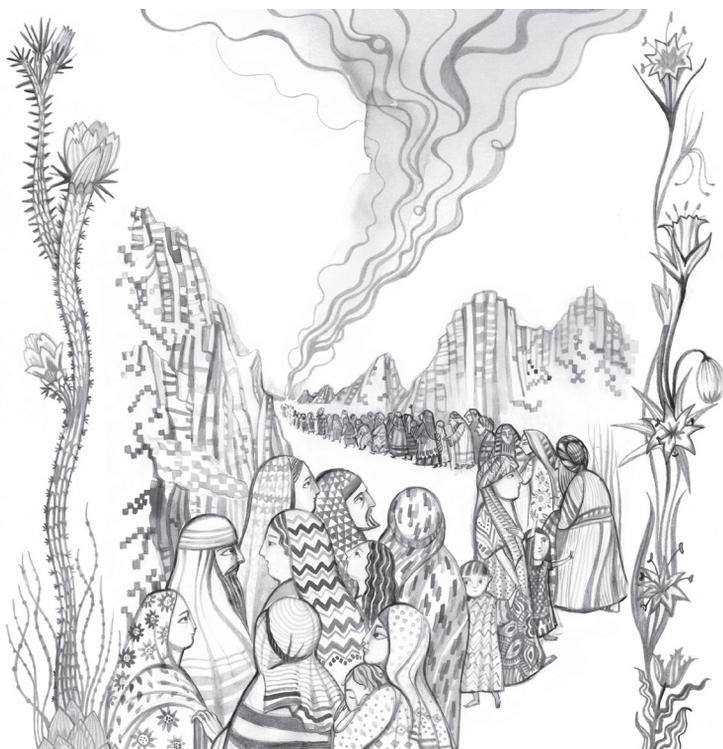


Misioneros de la alegría

Itinerario para laicos 6.0

Un nuevo estilo de vida:
las bienaventuranzas



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Sesión 2

Un nuevo estilo de vida: las bienaventuranzas

Oración inicial

Aquí estamos, Padre, reunidos en tu nombre.

Queremos escuchar tu Palabra que es Jesús, camino, verdad y vida.

Permítenos escuchar la llamada que Él hizo y continúa haciendo: sígueme.

Una palabra inagotable que hemos escuchado tantas veces.

Indícanos el modo de ir en pos de Jesús, de imitarle, de acoger sus sentimientos, su estilo de vida.

Concédenos el don del Espíritu que permita que la llamada de Jesús resuene en nosotros, para que así comprendamos y vivamos nuestra vocación: ser santos, ser discípulos misioneros de Cristo.

Unidos a la Virgen María, que conservaba la Palabra en su corazón y, con ella, a todos los testigos de la fe que con su ejemplo nos han precedido.

Amén.

Hacemos un momento de lectura orante de la Biblia. En actitud de oración, dejamos que la Palabra nos ilumine y nos renueve. En presencia de Dios, hacemos una lectura reposada del texto.

LECTIO SEGUNDA SESIÓN

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (5, 1-12)

Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo:

Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia porque ellos quedarán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

Palabra del Señor.

Leemos de nuevo, cada uno, el texto en silencio.

Y compartimos con los demás:

- + ¿Qué me llama la atención del texto?
- + ¿Qué frase o palabra ha resonado de un modo especial en mí?
- + ¿A qué me invita este relato evangélico?

Comentario

Jesús recorría Galilea enseñando y proclamando el reino de Dios, acompañando esta predicación con signos, «curando toda enfermedad y toda la dolencia en el pueblo» (4, 23). Eso hace que su fama se extienda y acuda mucha gente para oírlo, con el deseo de conocer su programa, su mensaje.

Los dos primeros versículos ofrecen el lugar, el marco y destinatarios. Jesús sube a un monte. En la tradición del Antiguo Testamento, el monte simboliza el lugar de Dios, la esfera divina (*Éx* 3, 1: 18, 5; *1 Re* 19, 8; *Sal* 24, 3...). Jesús sube al monte como Moisés en el momento de la alianza del Sinaí (*Éx* 19, 3-20). Dios, entonces, establece un pacto con su pueblo, que se plasma en la ley, en los diez mandamientos. En este episodio que estamos leyendo, Jesús sube al monte y expresa la voluntad de Dios con el pueblo actual, que se concretiza en una nueva ley, en las bienaventuranzas. Por tanto, las bienaventuranzas son el programa básico de la comunidad cristiana, el resumen de todo lo que Dios quiere, desea y espera de su nuevo pueblo, la comunidad de los discípulos de Jesús.

El texto afirma que «se acercaron los discípulos para escuchar a Jesús», pero el resto de la gente también estaba allí. Es decir, este mensaje de las bienaventuranzas va dirigido de un modo especial a los discípulos, pero es un mensaje abierto a todos. Por eso todos nos tenemos que sentir interpelados por estas palabras, que nos invitan a adoptar un nuevo estilo de vida.

El programa de Jesús para los suyos es un proyecto de felicidad. Y por eso la palabra que más se repite y con la que se inicia cada una de las bienaventuranzas es: “bienaventurados” (dichosos). Jesús va a proclamar que Dios no quiere el sufrimiento, la tristeza del hombre, sino que este se realice plenamente, que viva feliz, la alegría sobreabunde en su existencia.

Lo sorprendente de las bienaventuranzas es que propone un camino de felicidad que no es el que establece el mundo, la sociedad actual, el sistema establecido. Mientras, nuestra sociedad se rige por el dinero, el consumir, la competitividad, las injusticias, la corrupción, el ocultamiento de las lágrimas, el desprecio de la mansedumbre o la misericordia, este texto evangélico propone un camino diametralmente opuesto.

Las ocho bienaventuranzas son bimembres. El primer miembro es una felicitación, como hemos señalado, y el segundo una exhortación. El primero se refiere a ocho cualidades que debe tener el que esté en la esfera del reino, mientras el segundo exhorta a colaborar con la acción salvífica del reino presente para llegar a poseer en el futuro diversos frutos: poseer la tierra, consuelo, ver a Dios, ser llamados hijos de Dios...

La primera bienaventuranza felicita a «los pobres en el espíritu». La fórmula interioriza la pobreza y la coloca en el centro de la vida, en el espíritu, en el corazón. Pero se trata también de una actitud que debe ser vivida también externamente. La pobreza se debe manifestar en una conducta de dependencia y humildad radical ante Dios, ante los hombres y ante los bienes materiales.

La segunda bienaventuranza describe un aspecto de la pobreza: la mansedumbre. Se trata de ser tan humildes, que uno renuncia a la violencia cuando sufre violencia, no aplica la ley del talión. Ser mansos no significa ser tontos, dejarse pisotear por los demás, sino enfrentar los problemas con las armas de la paciencia y la prudencia.

La tercera bienaventuranza se refiere a los que lloran, a los que sufren a causa de algún dolor. Nada más ajeno a Cristo que convertir la tristeza en una actitud fundamental para el cristiano, pero se trata de descubrir que en medio del sufrimiento, de las lágrimas, respondamos renovando nuestra confianza en Dios Padre.

La cuarta bienaventuranza hace mención a la situación de la justicia, a sentir hambre y sed de ella. Justicia en la Sagrada Escritura es sinónimo de santidad, de vivir según la voluntad de Dios. No se trata por tanto de hacer por hacer, sino de cumplir la voluntad de Dios, lo cual implica un constante ejercicio de discernimiento. Quien consigue esto en su vida, no necesita nada más y por eso quedará saciado.

La quinta bienaventuranza se refiere a la misericordia. Se trata de un obrar que va más allá de la justicia, porque significa un amor y entrega desinteresado como ha hecho Dios o Jesucristo en la historia de la salvación.

En la sexta bienaventuranza, Jesús enseña que la calidad moral de la vida del hombre está en el corazón (*Mc 7, 17-23*). La limpieza del corazón, la transparencia ante Dios y los hombres, agranda la capacidad de amar, porque uno aprende a amar rectamente, con sinceridad absoluta, sin dobleces, mentiras o hipocresía.

El fruto de la séptima bienaventuranza también tiene su origen en Dios: la paz. Porque nuestro Dios es el Dios de la paz y Jesucristo es el príncipe de la paz (*Is 9, 5*). Solo Dios nos va a dar la paz verdadera, la armonía y el equilibrio a nuestra vida, una paz que nada ni nadie nos podrá arrebatar. La falta de paz en el corazón del hombre y en el mundo es la falta de Dios.

La última bienaventuranza presenta la consecuencia de todo lo anterior: la persecución. Del mismo modo que Jesús fue perseguido hasta el punto de morir en una cruz, los discípulos que vivan con radicalidad las bienaventuranzas, que sean justos, santos, correrán idéntica suerte. No nos debe extrañar que quienes buscan de verdad la santidad sean siempre objeto de persecución.

En síntesis, las bienaventuranzas son una paradoja, el mundo visto desde Dios, al revés de cómo lo ve nuestra sociedad actual.

Por eso es un mensaje para un nuevo cristiano y una nueva sociedad, que debemos acoger en nuestro corazón no como si fuera una utopía, irreal o imposible, sino como un camino que tenemos que iniciar con la ayuda y la gracia de Dios para experimentar que, efectivamente, este nuevo estilo de vida lleva consigo una felicidad que no es equiparable a ninguna otra alegría.

MEDITATIO

Entre las enseñanzas de Jesús sobre la situación y la conducta del cristiano, de quienes creen en Él y le siguen, sobresale el mensaje de las bienaventuranzas. Es una llamada y una exhortación sobre la felicidad que sorprende. Los seres humanos, con frecuencia, vivimos guiados por la búsqueda de una felicidad que colme nuestros anhelos y esperanzas de manera concreta e inmediata. Pero Jesús nos ofrece otro estilo de vida y de felicidad, un camino de esperanza en la acción de Dios. Responde a los pobres, los que lloran marcados por las dificultades o la injusticia, a los misericordiosos que abren su corazón y su vida a los demás; a quienes construyen la paz; a los que se esfuerzan en el logro de la justicia, a los perseguidos... Una enseñanza que puede parecer una carga, pero que es el camino de felicidad que viven quienes le siguen, quienes responden a su llamada a la santidad.

Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santos y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas. Son como el carné de identidad del cristiano. Así si alguno de nosotros se plantea la pregunta: «¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?», la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas (GE, n. 63).

Solo podemos vivir las bienaventuranzas si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comodidad, del orgullo. Solo con la fuerza del Espíritu podemos escuchar la Palabra de Jesús en quien el reino de Dios se hace presente con toda su fuerza transformadora. Desde esta fe en el Dios que actúa en la historia podemos ponernos en camino para vivir según aquellas actitudes que manifiestan que el reino de Dios ya está entre nosotros: las bienaventuranzas o caminos por los que el Espíritu nos guía para vivir como Jesús y así realizar la voluntad del Padre. Vivir las bienaventuranzas es el camino de la santidad, expresión de la manifestación que el reinado de Dios ha llegado a nosotros (cf. *Mt* 11, 3-6)

La palabra “feliz” o “bienaventurado” pasa a ser sinónimo de “santo” porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha (GE, n. 64).

Por esto, las bienaventuranzas son, en primer lugar, la proclamación de la verdadera felicidad que ya gozan en esta tierra quienes han acogido la Buena Noticia predicada por Jesús, y que se manifiesta ya en sus acciones salvadoras. Vivir las bienaventuranzas es proclamar, entre tantas sombras, que el reino de Dios ya ha entrado en nuestro mundo. Un nuevo estilo de vida es el resplandor de la santidad de Jesús en la vida de sus discípulos.

El camino práctico de las bienaventuranzas para ser santos ilumina las acciones y las actitudes, que caracterizan la vida de un cristiano, la vocación a la santidad.

Esto es santidad:

— *Ser pobre en el corazón*, pobre de espíritu va unido a la libertad interior y a una vida sencilla.

- *Reaccionar con humilde mansedumbre* es expresión de pobreza interior, de confianza en Dios.
- *Saber llorar con los demás* significa empatizar con los heridos de nuestro mundo.
- *Buscar la justicia con hambre y con sed*, recordando que vivir según la voluntad de Dios se manifiesta en la justicia para con los indefensos.
- *Mirar y actuar con misericordia*, buscando perdonar y comprender.
- *Mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor*, que sabe amar y es capaz de ver a Dios en la vida.
- *Sembrar paz a nuestro alrededor*, que requiere creatividad, sensibilidad, destreza y capacidad de ir contra corriente.
- *Aceptar cada día el camino del Evangelio aunque nos traiga problemas*, esto es santidad.

En el capítulo 25 del evangelio de Mateo, Jesús vuelve a detenerse en una de estas bienaventuranzas, la que declara felices a los misericordiosos. Si buscamos esa santidad que agrada a los ojos de Dios, en este texto hallamos precisamente un protocolo sobre el cual seremos juzgados: porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme (*Mt 25, 35-36*) (GE, n. 95).

Es una llamada a identificarnos con los sentimientos más profundos de Cristo ante la realidad de quienes sufren, y a reconocerlo en los pobres y sufrientes.

«El Señor nos dejó bien claro que la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias tuyas, porque la misericordia es el corazón palpitante del Evangelio» (GE, n. 97).

Un camino que se abre en medio de la tentación de centrarnos en nosotros, en la búsqueda de la felicidad corta e inmediata que ofrece la sociedad de consumo, que nos convierte en «pobres insatisfechos que quieren tenerlo todo y probarlo todo» (GE, n. 108).

CONTEMPLATIO

«Ser santos no significa blanquear los ojos en un supuesto éxtasis. Decía san Juan Pablo II que “si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse”. El texto de Mateo 25, 35-36 “no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo”» (GE, n. 96).

Para vivir el camino de las bienaventuranzas tenemos los ojos puestos en Jesús, nos dejamos iluminar por su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, su entrega hasta el final. Las bienaventuranzas son su vivo retrato.

Establecemos un coloquio con el Señor haciendo resonar en nosotros cada una de las bienaventuranzas, pensando que es Él quien las ha vivido en primer lugar y las ha realizado. Desde ahí, decirle lo que me pide a mí, y ofrecernos para vivirlas también nosotros.

Somos llamados a preguntarnos qué sentimos cuando vemos lo alejado que está el camino de las bienaventuranzas del camino nuestro y de los demás. Descubrir a la luz de este programa de vida, aquella insatisfacción que nos pueda ayudar a no vivir adormecidos,

preocupados de nosotros mismos, sino sabiendo que el camino de la santidad es la misión de nuestra vida pensando también en las futuras generaciones.

A la luz de las bienaventuranzas, abrir la mirada a tantos hombres y mujeres que las realizan en su día a día. Ver cómo Jesús, por su Espíritu, actúa en tantas personas. Desde una mirada de la fe.

Para ayudar a la contemplación, recomendamos preguntarnos, con seriedad, ante el Señor, cómo vivimos cada una de las ocho bienaventuranzas.

ACTIO

La fuerza del testimonio de los santos está en vivir las bienaventuranzas y el protocolo del juicio final. Son pocas palabras, sencillas, pero prácticas y válidas para todos, porque el cristianismo es principalmente para ser practicado, y si es también objeto de reflexión, eso solo es válido cuando nos ayuda a vivir el Evangelio en la vida cotidiana. Recomiendo vivamente releer con frecuencia estos grandes textos bíblicos, recordarlos, orar con ellos, intentar hacerlos carne. Nos hará bien, nos harán genuinamente felices. (GE, n. 109)

¿Cómo vivir una fe que se realice en la vida y que no separe la oración de la acción, la celebración de la fe del ejercicio de la misericordia?

¿Nuestro compromiso se centra en un ámbito o está abierto a otras muchas realidades?

Es este uno de los criterios fundamentalmente de verificación de nuestra vida cristiana, a partir del cual Jesús nos invita a medirnos cada día. No tendremos títulos, créditos o privilegios para presentar. El Señor nos reconocerá si a su vez lo hemos reconocido en el pobre, en el hambriento, en quien pasa necesidad y es marginado, en

quien sufre y está solo... Leer poco a poco las Bienaventuranzas y ver qué acciones de nuestra vida, de nuestro grupo están inspiradas en alguna de ellas. A la luz de las obras de misericordia proponer alguna acción concreta.

— Recomendamos la lectura: papa Francisco, *audiencia* (6.VIII.2014).

Oración

Señor,

Tú nos ofreces en las Bienaventuranzas el camino de la vida nueva que nos viene con tu Reino de justicia, de amor y de paz.

Sabemos que nosotros somos pobres, que nos conformamos con una vida superficial y mediocre, pero tu testimonio despierta en nosotros el deseo de seguirte.

Realiza el milagro de hacernos más semejantes a Ti, que no nos cansemos de seguir tus pasos.

Que descubramos que la felicidad está unida a la misericordia pues es el corazón palpitante del Evangelio.

Porque nos sabemos amados y perdonados, haz que tengamos un corazón capaz de ver las necesidades de nuestros hermanos y unas manos que acojan y acompañen.

Que no habite en nuestro corazón la indiferencia, la búsqueda de nosotros mismos, que sigamos tu lógica de amor.

Amén.

